

Antonio de Ciudad Real

“De cómo el padre comisario llegó a Auacatlán y del volcán de Xala”

p. 122-126

Antonio de Ciudad Real

*Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España. Relación breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron al padre fray Alonso Ponce en las provincias de la Nueva España siendo comisario general de aquellas partes*

*Tomo II*

Josefina García Quintana y Víctor M. Castillo Farreas (edición, mapas, apéndices, glosarios, índices y estudio)

Tercera edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas

1993

484 p.

(Serie Historiadores y Cronistas de Indias 6)

ISBN 968-36-2810-9 (obra completa)

ISBN 968-36-2811-7 (tomo II)

Formato: PDF

Publicado en línea: 23 de noviembre de 2018

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/156\\_02/tratado\\_curioso.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/156_02/tratado_curioso.html)



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

bién se dan y crían muchos mosquitos, de los cuales hubo aquella noche gran persecución. El palmito sirvió de colación, y el gallo se llevó al convento de Xalisco.

Sábado treinta y uno de enero salió el padre comisario a las dos de la madrugada de Acualixtempa, y subidas muchas cuevas y pasadas algunas barrancas y ocho o nueve arroyos, y andadas siete leguas de camino pedregoso en muchas partes, llegó muy cansado al pueblo de Tepic, de la guardianía de Xalisco, una legua de aquel convento por donde había pasado de largo una madrugada a los diez y nueve del mismo; salióle a recibir las trompetas y chirimías una legua, y poco menos los principales del pueblo, todos a caballo, y últimamente todo lo restante de la gente, así indios como indias, chicos y grandes, a la puerta del patio de la iglesia, donde también estaba el guardián de Xalisco y su compañero aguardándole. Detúvose allí el padre comisario una hora; acudieron los indios a verle con sus presentes de pan de Castilla, plátanos, batatas y una bota de vino, con mucha devoción y alegría, que toda es gente devota. En aquel pueblo estuvo al principio de la conquista algunos años la Audiencia de la Nueva Galicia, porque allí era también la frontera de los chichimecas e indios de guerra; después se pasó a la cibdad de Compostela que habían fundado en memoria de la cibdad de Santiago de Galicia, cuatro o cinco leguas de Tepic, y últimamente se pasó a la cibdad de Guadalajara, donde está al presente; junto a Compostela hay minas de plata muy ricas. Moran en aquella cibdad hasta veinte españoles y en Tepic cinco o seis.

#### [CAPÍTULO LXXXIV]

##### *De cómo el padre comisario llegó a Auacatlán, y del volcán de Xala*

El mismo día, sábado treinta y uno de enero, partió el padre comisario de Tepic, y dejando el camino que va a Xalisco, porque se rodea por él una legua, tomó el derecho, la vía de Auacatlán, y pasadas dos acequias y un buen arroyo y un río, y andada una legua, llegó al pueblo de Analco, donde a la ida había estado a los diez y siete de aquel mes; estaba toda la gente junta aguardándole, dioles las gracias y pasó adelante, y andadas tres leguas de buen camino en que se pasa un riachuelo y una fuente, llegó junto a una estancia y molino, orilla de el mismo riachuelo que va por allí dando vueltas, donde descansó un gran rato a la sombra de unos árboles y comió lo que el compañero del guardián de Xalisco había lle-

vado para aquel efecto, mezclado todo con persecución muy grande de mosquitos que le daban mucha guerra. Dejando allí al fraile de Xalisco para que se volviese a su convento, prosiguió su viaje el padre comisario, y pasados cinco o seis arroyos y algunas cienaguillas y quebradas, y andadas cinco leguas, llegó muy de noche, muy cansado y quebrantado de tan larga jornada, a un pueblo pequeño llamado Tetitlán, de la guardianía de Auacatlán, de lengua peregrina; anochecióle dos leguas antes de llegar al pueblo, las cuales anduvo con grandísimo disgusto y pesadumbre, porque hacía muy oscuro e iba el camino cuesta abajo y nunca encontraba ningún indio ni se oía ruido ninguno, si no fue el que hicieron unas vacas en una sabana, lo cual causó mucho miedo a uno de los compañeros, temiendo no fuesen chichimecas de guerra. Para pasar el último de aquellos arroyos fue menester sacar lumbre, porque la oscuridad de la noche era muy grande; encendiéronse unos cabos de candelas que llevaban para semejantes menesteres, con que se pasó el arroyo, y anduvo el padre comisario hasta que llegaron indios de el pueblo a alumbrarle; salieron muchos indios de a pie y de a caballo a recibirle, y casi todos llevaban en las manos hachones encendidos de paja, que parecía procesión de jueves o viernes santo; salieron asimesmo muchos indios de a pie en traje de chichimecas dando gritos y alaridos, discurriendo a una parte y a otra y dándose palos los unos a los otros en las adargas que llevaban, otros salieron danzando como españoles, y otros enmascarados haciendo meneos y visajes muy vistosos y de reír; finalmente, con tanta fiesta, luminarias y acompañamiento llegó el padre comisario al patio de la iglesia, donde estaba la demás gente, puestos en procesión, y con ellos el guardián de Auacatlán, de los cuales fue recibido con mucha alegría y devoción; diéronle de cenar y hízosele mucha caridad y regalo, y todo fue menester según iba ya de fatigado y desmayado de una jornada tan larga de diez y seis leguas. Diose tanta prisa el padre comisario, así por ahorrar tiempo y que no le cogieran aquellos dos días de fiesta que venían en Xalisco, como por cumplir la palabra que había dado a los indios de Auacatlán, de estar en su pueblo para la fiesta de la purificación de nuestra Señora; a los cuales, o no se ha de dar, o dándoseles, se ha de cumplir en todo caso, porque aunque son inclinadísimos a mentir y se dan de ordinario tras su inclinación, abominan mucho no sólo la mentira, pero aun lo que tiene apariencia della.

Domingo primero de febrero acudieron muy de mañana  
FEBRERO los indios de aquel pueblo y de otros comarcas a ver al  
1587 padre comisario; ofreciéronle muchos y muy buenos melones, plátanos, chile verde, huevos, pan de Castilla, gallinas y una bota de vino, y muchas y muy buenas truchas que se toman de un

río que corre cerca de allí; agradecióselos el padre comisario y díjoles luego misa para partirse luego a Auacatlán, que está tres leguas más adelante, desde donde les envió un fraile que también se la dijo el día siguiente, que era la fiesta de la purificación, y les bendijo las candelas. Luego, en diciendo misa, salió el padre comisario general de aquel pueblo, ya altillo el sol, con el mismo acompañamiento de danzas y chichimecas y gente de a caballo, con que aquella noche había entrado, los cuales le acompañaron un buen trecho y luego se volvieron a sus casas; entre éstos salió un indio caballero en una yegua, la cual tenía la una mano una tercia más larga que la otra, y con llevar arrastrando toda aquella tercia y una uña de casi un palmo toda hueca, la hacía de correr por hacer fiesta al padre comisario, y ni él ni ella cayeron. Aquellas tres leguas que hay desde Teititlán a Auacatlán, son casi todas de buen camino y llano, el cual va alrededor del volcán de Xala, de quien atrás queda dicho, por un valle demasíadamente caluroso; pásase un arroyo de agua tibia y que huele a piedra azufre, el cual nace de la raíz y pie del volcán; desde lo alto del volcán sobredicho desciende uno como río muy ancho, de piedra negra requemada, de grande altura, el cual atraviesa el camino y todo el valle hasta llegar muy cerca del río de Auacatlán; que corre por una barranca por el cabo del mismo valle. Tiénese por cosa muy cierta que en los siglos pasados reventó aquel volcán, y echó de sí aquella piedra, la cual es tanta que pone admiración y espanto a los que la ven, y entre los indios viejos que afirman esto hay tradición de sus antepasados que dónde está agora aquella piedra había antiguamente un pueble de indios, y que por ser muy dados a vicios, como otro Sodoma, permitió Dios que reventase aquel volcán y que ellos muriesen cubiertos de aquella piedra que dél salió; y que sea aquella piedra de la reventazón de aquel volcán es cosa verisímil, así por otras reventazones que ha habido en estos tiempos, como fue la del volcán del Bcmbacho junto a Nicaragua, como atrás se dijo, y la del volcán de Guatemala y de otros, como porque desde abajo se ve el lugar desde donde comienza aquel río de piedras, el cual está como si en la ladera de una sierra se hiciese un pozo o cueva y fuesen desde la boca echándola tierra y piedras para abajo, que en lo alto queda hecho como un lomo o valladar, y desde allí se va siguiendo lo que así va descubriendo hacia abajo; así está aquella piedra, y como salió con ímpetu y en tanta cantidad, una fue repujando a otra hasta que llegó lo que primero salió cerquita del río, yendo tras ello lo demás como iba saliendo, y cuando se consumió el fuego u otra cosa, que con violencia muy grande le echaba fuera, cesó de salir más piedra, y así no pasó el río adelante, como faltó lo que la arrojaba y empujaba, y como salió aquella piedra de dentro del volcán, rehundió la tierra y piedra que había encima para henchir

aquel volcán, y así quedaron en lo alto hechos los tres hoyos que atrás quedan dichos. Es toda aquella piedra negra y requemada como escorias de hierro y en toda ella no hay árbol ni yerba ninguna, ni señal de haberla habido en algún tiempo, y tiene una negregura tan extraña que desde un poco lejos parece sombra de algún monte; y está de tal suerte que parece que la echaron a rodar desde arriba y la derramaron a carretadas con muy grandes carros.

Por encima de aquellas peñas pasa el camino que las atraviesa; teníanle aderezado los indios, quitadas muchas dellas y echado en su lugar mucha tierra, y así le pudo pasar el padre comisario, al cual salieron a recibir, media legua antes de llegar a Auacatlán, diez o doce españoles que residen en aquel pueblo y su comarca, y con ellos más de cuarenta indios a caballo, los cuales fueron corriendo hasta el lugar y haciendo caracoles del padre comisario; iban también treinta indios coanos a pie con mucha plumería en las cabezas y adargas, con sus arcos y flechas, de la manera que suelen ir a pelear, y los unos y los otros iban dando gritos y alaridos a su modo; hubo también muchas danzas que regocijaron asimesmo la fiesta, y con todos estos y otra mucha gente sin número, pasados muchos arcos y ramadas, en que había algunos altares, y en ellos puestos algunos melones, llegó el padre comisario al dicho pueblo de Auacatlán, tan lleno de polvo él y los que con él iban, que españoles e indios todos parecían de un color. Está fundado aquel pueblo en un valle muy gracioso y fértil llamado de Auacatlán, donde se dan naranjas, limas, limones y cidras en mucha abundancia; danse muchos y muy buenos melones, y los había entonces maravillosos; danse plátanos, uvas negras y blancas, granadas, higos, membrillos y otras frutas de Castilla, y danse piñas de la tierra, jengibre, cardos, habas, garbanzos, ajos y cebollas, y otras muchas hortalizas y legumbres, porque es tierra templada, más caliente que fría. Por aquel valle, y por medio de aquel pueblo, muy cerca de nuestro convento, pasa un bonito río, en el cual se crían muchas y muy buenas truchas, las cuales no suben ni llegan al pueblo porque legua y media de allí da el río un salto de una peña muy alta que lo estorba; sin éste hay otros algunos en aquella guardianía que también llevan truchas y son de la misma manera que las de España, y tan buenas como ellas; para pasar aquel río de una parte a otra, dentro de Auacatlán, tienen hecha los indios una puente de madera. Es aquel pueblo de mediana vecindad, de gente muy devota de nuestro estado; acudieron luego aquel día y el siguiente, así ellos como los comarcanos a ver al padre comisario, y ofreciéronle melones, plátanos, tomates, gallinas, pan de Castilla y truchas, y vino y otras cosas de comer; y los coanos asimesmo le ofrecieron melones traídos de su tierra y un venado asado; también acudió allí el cacique de la provincia de Huaina-

mota, llamado don Miguel, a traer la respuesta de lo que había de tratar con los demás caciques de aquella provincia, cerca de los frailes que pedían en lugar de los que habían muerto, y la respuesta que dio fue que no le habían respondido nada y que por esto entendía que no querían acudir a lo que el padre comisario pedía y que así él con sus indios se quería quedar a morar en Xala, y pidió a los principales los diesen dónde, los cuales los acomodaron bien, y ellos quedaron al parecer consolados, aunque más quisieran llevar frailes a su tierra. Los indios de Auacatlán tienen la misma lengua que los de Xala, y llámase xuchipilteca porque debe de ser la misma que tienen los de Xuchipila, pero no obstante esto, los más de ellos entienden y hablan la mexicana y en ella se confiesan y se les predica, y aun entre ellos moran algunos mexicanos de los que fueron con los españoles cuando la conquista; en las visitas de aquel convento hay otras tres lenguas, diferente una de otra, y los unos y los otros caen en la jurisdicción de Guadalajara. El convento es de adobes y cubierto de paja, con su claustro, dormitorios e iglesia, y aún no estaba acabado; tiene una buena huerta de mucha arboleda y hortaliza, riégase con agua de pie, que se saca del río sobredicho, y su vocación es de San Juan Evangelista; moraban allí dos religiosos, visitólos el padre comisario, y detúvose con ellos hasta el martes en la tarde. Allí tuvo la fiesta de la purificación, la cual se celebró con mucha solemnidad, bendijo las candelas, dijo misa y predicó a los españoles; los indios de Auacatlán mostraron al padre comisario una provisión real, que habían sacado de la Audiencia de Guadalajara contra un español, y en todo su seso le pedían que echase en ella su firma para que el español lo creyese.

[CAPÍTULO LXXXV]

*De cómo el padre comisario general volvió a Cocula y de las cuestras de Malinalco*

Martes en la tarde, tres de febrero, salió el padre comisario de aquel pueblo acompañado de más de treinta indios de a caballo, los cuales fueron delante dél haciendo la fiesta unos una legua y otros legua y media y algunos dos leguas, y pasado un cerrillo allí junto al pueblo, y luego el río sobredicho por una puente de madera, y andada una legua de camino llano, llegó a un pueblo pequeño llamado Tzoatlán, visita de Auacatlán y de aquella lengua; no entró dentro porque estaba un poco apartado del ca-